

LA JAPONESITA

MARÍA MONVEL



LA JAPONESITA

La japonesita, María Monvel

Primera edición: Revista de Artes y Letras, 1918.

Edición actual: Editorial Perras Palabras, Marzo 2024.

ISBN: 978-956-08014-0-1

Imágenes: Contenido liberado, tomado de Memoria Chilena y Pixabay.

www.perraspalabras.cl

contacto@perraspalabras.cl

LA JAPONESITA

María Monvel

PERYΛΣ  PΛΛBPAΣ

Mit-sú, la linda japonesita de cabellos de ébano sedoso, mejillas de azucena y labios bermejos está triste.

Permanece sola en su habitación, sentada a la oriental sobre un cojín que ella misma bordara de pájaros y flores maravillosas.

Sus ojos negros, suavemente oblicuos, permanecen abiertos sin mirar a las cosas de la tierra, pero sí absortos en una intensa contemplación interior. Sobre la falda sostiene abierto un libro que hasta hace poco leía. Es la última obra del elegante literato francés Paul Derould, cuyo estilo exótico, de

extraña magnificencia, la ha sumido en un éxtasis profundo. Paul Derould ama el lujo. Sus personajes pertenecen siempre al gran mundo y su pluma goza describiendo faustos deslumbradores. En todas sus obras juega Amor el papel principal, y como las mujeres son tan sensibles a las fascinaciones del lujo y del amor, Paul Derould es el predilecto de las mujeres. La crítica suele asaetearlo duramente, pero el novelista no se inquieta por ello. Sus libros tienen una venta enorme y recibe a diario cartas de mujeres de todas partes del mundo, que traen, en sus pliegues perfumados, frases de apasionada admiración. Derould no desea otro incienso. Sus libros le proporcionan dinero y amor; muchos amores: incógnitos los unos, visibles los más... y también un poco de gloria, pese a las auras requisitorias de los críticos graves, que se escandalizan por su éxito de librería.

Las obras de Derould circulan por todo el mundo y han llegado también hasta el Japón, y como las japonesas son tan mujeres como las

occidentales, los libros del novelista francés han sido devorados por muchos cientos de ojos oblicuos, a la sombra de pequeños naranjos minúsculos o junto a los crisantemos de maravilloso porte y hermosura.

Mit-sú, la Butterfly más soñadora del más soñador de los países, ha leído todas las obras de Derould. Hija de padres opulentos, recibió una brillante educación, y la dulce Mit-sú, que semeja un frágil y hermoso bibelot, habla a la perfección, además de su lengua materna, el francés, el inglés y el italiano; sabe arrancar al clave dulces secretos melodiosos, y entonar delicadas canciones acompañándose con un extraño instrumento, cuyos sonidos agudos y melódicos tienen una vaga semejanza con los de la flauta.

El narcótico sutil del Ensueño hizo presa en el corazón de Mit-sú, y la hermosa Butterfly leía mucho. Gustaba especialmente de los libros franceses por encontrar en esta lengua una dulzura incomparable.

Así habían llegado hasta ellas las obras de Derould y la habían seducido hasta el punto de adquirir todas las que llegaban a su país. Sobre sus rodillas permanece abierto el último libro del novelista, *L'homme des yeux d'or*.

Mit-sú está melancólica. Su lectura ha vertido ensueño hasta hacerla desbordar en la copa plena de su corazón. Piensa en André Thomas, el personaje principal, y en la seducción irresistible de sus ojos de oro. Piensa también en su esposo Yong-Tom, robusto, imponente, los ojos casi verticales... ¡cuán distinto! Y en cambio —Mit-sú, antes de pensarlo mira azorada a su alrededor— y en cambio, cuan semejante al vizconde de Ozuna, el secretario de Legación de España que le presentara no hace mucho su esposo, que ocupa un alto puesto en la corte del Emperador. Sí, el vizconde tiene, como André, el cuerpo alto y frágil, y como él, es pálido, palidez que acentúa con una ligera nube de polvos de arroz. Labios bermejos y dientes de

una extraordinaria blancura. Y los ojos... ¡oh!... los mismos ojos de André Thomas.

Sigue la japonesita hilvanando quimeras, y es tan absoluta en su inmovilidad, que, en medio de las mil chucherías extrañas de su habitación, parece un ídolo de porcelana o la obra maestra de alguno de esos maravillosos artistas japoneses. Un ruido leve la hace volver en sí. Es Yong-Tom, su esposo, que acaba de penetrar en la estancia y la saluda con ceremoniosa inclinación. Mit-sú cierra el libro y se pone de pie respetuosamente. Con su elegantísimo kimono de seda rosa, bordado de pájaros irreales, sostenido el alto moño por los ricos alfileres de oro, parece una extraordinaria muñeca animada.

La dulce Mit-sú, que a pesar de su ilustración poco común recuerda las viejas tradiciones, extiende ambas manos e inclina con profunda reverencia su cuerpo de flor. Es el saludo al amo, el vasallaje de esclava que aún persiste en la intimidad de la familia. Pero Yong-Tom quiere a toda costa ser civilizado,

y se apresura a coger una mano de su esposa, besando con mucha gracia la punta de sus dedos cuajados de sortijas.

Mit-sú enrojece. El vizconde de Ozuna la ha saludado siempre así, envolviéndola en la llama intensa de sus ojos de oro.

Yong-Tom mira con cierto disgusto el atavío de su esposa.

—¿Por qué llevas ese kimono, Mit-sú? Te he repetido que prefiero siempre los trajes occidentales. ¡Si te viera así alguno de nuestros amigos! El kimono ya no se usa en nuestro país más que entre las mujeres del pueblo.

—Sí, pero en la intimidad me agrada llevarlo todavía. Pero si os disgusta...

—Sí, Mit-sú, quiero verte siempre vestida a la moda europea.

—Obedeceré...

—Mañana tengo algunos invitados extranjeros a cenar. Asistirá también el vizconde de Ozuna. Llamarás a tu peinadora

francesa, y quiero que vistas el más elegante de los trajes que encargaste últimamente de París.

—Serás obedecido.

Y Mit-sú se inclina de nuevo profundamente. Yong-Tom prosigue:

—Es preciso que olvides esas costumbres, querida. Nada de reverencias profundas, ni exageradas muestras de respeto. Sobre todo en presencia de los extranjeros. Quiero que sepan que nuestras mujeres no son menos civilizadas que las de ellos... Hasta luego, Mit-sú. Hoy ceno en palacio. Su Majestad me hace el honor de invitarme a su mesa y ya no nos veremos hasta mañana.

Y Yong-Tom se inclina besando por segunda vez la pequeña mano pálida.

Cuando su esposo hubo salido, Mit-sú lanzó un suspiro. ¿Volvería a ver al vizconde que tenía los ojos de oro como el André Thomas, de Paul Derould!

Se deja caer de nuevo más pensativa que nunca sobre el cojín de raso. Coge el libro de Derould y lee al azar: «A la seducción intensa y cálida de su voz y a la llama ardiente de sus ojos de oro, ninguna mujer se había resistido



aún, y la altiva Blanca que, según decires, era insensible al amor, sería bendecida también, irremediabilmente...».

El libro resbala de los dedos flojos de Mit-sú y cae entreabierto sobre la alfombra, como un pájaro que se ha roto las alas.

Mit-sú está tan melancólica que siente deseos de llorar. Ella no podrá conocer jamás esos maravillosos países de Europa, en donde las mujeres tienen derecho al amor; aquellos extraordinarios países en donde las mujeres no martirizan sus pies con deformaciones crueles... ¿Cómo se siente desgraciada, ella, la pobre japonesita, la *Butterfly* más soñadora y más bella, del más bello y más soñador de los países!

La criada penetra silenciosamente, llevando la bandeja de laca con el té humeante en la tacita transparente y frágil.

Mit-sú se contempla en el espejo con su elegante traje de la Casa Worth, y sus ojos dulcemente oblicuos revelan una gran pesadumbre. El talle fino, al que le sientan tan bien los pliegues sueltos del kimono, se encuentra estrecho y como aprisionado en el elegante traje occidental. Es, sin embargo, una delicadísima y vaporosa creación de tul verde brillante que hace realzar aún más la palidez transparente y nívea de su tez. Ya no lleva prendidos los cabellos con los largos alfileres de oro. Madame Cristhine la ha peinado a la europea y aunque la japonesita está siempre muy hermosa, ella se encuentra extraña y vulgar.

“Voy a parecer fea al vizconde —se dice— comparará mi estatura pequeña con la arrogancia esbelta de las hermosas de Europa, y mis ojos oblicuos y tristes con los ojos deslumbrantes de las extranjeras”.

Mit-sú está a punto de llorar, pero es preciso contenerse porque los invitados llegarán pronto.

Yong-Tom penetra en la lujosa estancia amoblada con los más exquisitos refinamientos del fausto europeo.

Contempla a su mujer atentamente y da su aprobación.

—Bien, querida Mit-sú. ¡Estás muy hermosa! ¡Es admirable ese traje!... ¿De la casa Worth?

—Sí, de la casa Worth.

A Yong-Tom, que no entiende mucho de elegancias femeninas, bástale saber para estar satisfecho, que el traje escogido por su esposa ha salido de los talleres del reputadísimo modisto parisién.

Un criado anuncia en francés:

—El señor vizconde de Ozuna.

Mit-sú se enrojece levemente cuando el aristócrata español penetra en la estancia. Se inclina con suma gracia besando los dedos de lirio de la japonesa, y dirige después un cordial saludo a Yong-Tom.

A pesar del dominio absoluto que tiene el vizconde sobre su persona, Mit-sú cree observar en sus pupilas una fugitiva expresión de asombro al contemplarla con ese atavío. Cuando la conoció por primera vez, llevaba su kimono de seda rosa...

Llegaron los demás invitados. Algunos diplomáticos extranjeros y dos o tres japoneses que ocupan algún puesto eminente en el país.

El vizconde se sienta junto a Mit-sú, cuya palidez intensa acusa una grave emoción.

—Está usted muy hermosa, Mit-sú, muy hermosa con ese traje,

—¡Oh, no! Los atavíos occidentales no me quedan bien.

—Todo le queda a usted admirablemente, pero, en verdad, confieso que con el kimono rosa estaba usted aquel día deslumbradora.

La dulce Mit-sú, turbadísima, no sabe qué responder. Con los ojos bajos para no encontrarse con la mirada del vizconde,

entrecruza uno con otro sus largos dedos
afilados cubiertos de sortijas.

El vizconde prosigue:

—Las japonesas abandonáis más cada día
vuestros hermosos atavíos de antaño, lo que es
muy lamentable para la estética.

Mit-sú murmura:

—Yo, en la intimidad, gusto siempre del
kimono —y agrega con dulce sencillez:

—Con estos trajes europeos no me
encuentro muy bien, y hasta me imagino que
estoy ridícula.

—¡Oh, Mit-sú!, eso jamás. Hoy está usted
bellísima. La tonalidad verde de ese traje hace
más pálida, más nívea, casi traslúcida su tez.

Enrojecía de nuevo la japonesa, cuando la
voz de Yong-Tom se alza oportuna:

—Mit-sú, ¿por qué no haces un poco de
música? Estos señores desean oírte.

Se dirige ella al piano conducida por el vizconde, que permanece a su lado para volverle la hoja.

—¿Qué música prefiere usted?

—La de Chopin, sobre todas.

Mit-sú toca con exquisita delicadeza.

Cuando termina, las doradas pupilas del vizconde la contemplan con admiración apasionada.

—Es usted toda una artista, Mit-sú. Jamás la Polonesa me ha conmovido tan profundamente ni aun cuando la he oído ejecutada por los más grandes genios del arte musical.

—Extrema usted la galantería, vizconde — dice Mit-sú, la voz velada por la emoción.

—No, no, y sería el más dichoso de los mortales si me concediera usted una audición privada antes de marchar a Europa... ¿Quiere usted?

Y su voz tiene una ardiente entonación de súplica. La japonesita lo mira largamente. Eran los mismos ojos de oro de André Thomas, la misma palidez, casi las mismas palabras... ¿Sería como él un seductor perverso y sin corazón?

Los ojos del de Ozuna siguen implorando.

Mit-sú responde al fin con voz que intenta en vano sea natural y sencilla.

—Tendré mucho gusto. Cuando usted quiera.

—¿Qué le parece a usted mañana?

—Bien; lo espero a tomar el té conmigo.

—Gracias, Mit-sú, gracias...

Yong-Tom charla, en tanto, con sus invitados de asuntos políticos. En su interior se siente dichoso de ver a su mujer más desenvuelta y tan cortejada. Su mirada orgullosa parece decir: «ya veis cómo nuestras esposas no son esclavas y tienen tanta o más cultura que las vuestras».

Mit-sú habla a Yong-Tom de la audiencia musical pedida por el vizconde y concedida por ella.

El japonés exclama con énfasis:

—Muy bien, querida. Me alegro que hagas vida de sociedad y te acostumbres a actuar en nuestro gran mundo.

—Lo he invitado a tomar el té conmigo —dice Mit-sú—. Supongo que tú asistirás también.

—No, querida, es imposible. Tengo varios asuntos que arreglar en Palacio esta tarde. Por hoy, harás sola los honores al vizconde... ¿te disgusta eso mucho?

—Me contraría un poco...

—¿Siempre tan timorata! Te obligaré a frecuentar la sociedad de las damas extranjeras, para que imites su desenvoltura. Por otra parte, estoy orgulloso de ti, Mit-sú. Todos estuvieron acordes para asegurar que era una ejecución bastante admirable. Hasta muy pronto, y trata

de sorprender al orgulloso vizconde de Ozuna que, según decires que probablemente sean falsos, tiene una idea un poco despectiva para las japonesas.

Mit-sú sonrío sin responder y tiende la mano a su esposo, quien la besó con enfática cortesía y salió en seguida de la estancia.

El kimono rosa... ¡Gracias, Mit-sú!
¿Verdad que se lo ha puesto usted por
agradarme?... ¡Oh, no lo niegue usted,
ya que sabe que una afirmación me haría tan
dichoso!

Mit-sú, tratando en vano de dar seguridad a
su voz que tiembla, responde:

—Sí; como he dedicado a usted esta
tarde, vestí uno de nuestros trajes de antaño.
Beberemos el auténtico té japonés, que
seguramente le sabrá un poco amargo...

—Nada puede parecerme amargo en su
compañía, Mit-sú...

—Y nos lo serviremos sentados a la oriental
en mi saloncito japonés.

—¿Cómo puedo agradecerle a usted todo
esto?

—Mientras tanto, ya que es usted, según
me dijo ayer, un apasionado de la música, voy a
tocarle a usted un poco mientras nos sirven.

La pobre Mit-sú, no sabiendo cómo disimular su turbación que va en aumento, discurrió ese arbitrio. Los ojos de oro de aquel André Thomas, que eran una realidad y no una quimera, infiltraban en todo su ser un vago terror.

—¿Qué desea oír usted?

—¡Chopin!... ¡Siempre Chopin!

Las menudas manos recorrieron el teclado con arte y sentimiento exquisito, mientras las pupilas doradas del vizconde que Mit-sú no puede ver, se iluminan con una llamarada cruel.

—He oído decir que lee usted mucho, ¿verdad?

—Sí, es uno de mis placeres favoritos.

—Que es usted una sentimental en el más alto y noble sentido de la palabra...

—No lo sé... ¿pero quién pudo decirle a usted tanto? Yo frecuento muy poco la sociedad.

—Todo se sabe, sin embargo, cuando uno se interesa por saber. Y usted, tan soñadora, ¿no le gustaría viajar, conocer Europa?

—¿Viajar! ¡Es mi anhelo más ardiente!

—Su país es uno de los más bellos del mundo, pero en Europa hay también maravillas.

—¿Ya lo sé! Sobre todo en Francia, que para mí es el ideal, la Tierra Prometida.

—Yo marchó a España dentro de tres días, me detendré ahí un tiempo escaso, y en seguida haré un recorrido por Europa, deteniéndome mucho, mucho tiempo en el país de sus sueños.

—¿Lo envidio a usted!

Un criado japonés, vestido a la usanza del país, anuncia a la señora que el té está servido.

Mit-sú dice a su visitante:

—Tenga usted la bondad de seguir al criado que le proporcionará un kimono para que la ilusión sea completa.

Sorprendido y encantado obedeció el vizconde, mientras Mit-sú, tras un ligera reverencia se dirige a esperarlo en el salón japonés.

—Amargo, ¿verdad? Nuestro té es muy diferente al que acostumbran a beber ustedes.

—¡Delicioso! ¡Exquisito! —asegura el vizconde cuya varonil belleza realza el lujosísimo kimono azul pálido que le vistiera el criado.

Sentados ambos frente a frente en sendos cojines de raso, sorben el té en las tacitas de inimitable porcelana.

—¡Qué delicia pasar la vida así, junto a usted, Mit-sú; para siempre alejados del bullicio del mundo, eternamente juntos en este retiro delicioso!

Mit-sú sin responder, apuró el último sorbo de su taza de té. El vizconde se apresura a aliviarla del ligero peso y coloca ambas tazas en una preciosa mesita estilo árabe. En seguida aproxima un poco más su cojín al de Mit-sú, cuyos ojos dulcemente oblicuos se han quedado pensativos. Clava sus doradas pupilas en las de la japonesa que en aquellos momentos miran

sin ver, y cogiendo casi con violencia una de las manos largas y menudas, exclama de pronto:

—¡Vámonos juntos, Mit-sú!

La adorable *Butterfly* tiene un estremecimiento, y fijando sus ojos en las pupilas llameantes del de Ozuna, exclamó con apagada voz, y como para sí misma:

—¡André Thomas!

—¿Qué dices? ¿Quién es André Thomas?

—*L'Homme des yeux d'or*... ninguna mujer, ni aún la más insensible y altiva pudo resistírsele nunca...

El de Ozuna, acercándose más, rodea con su brazo el talle fino de la japonesa.

—¿Vendrás?... ¿Vendrás?

Y Mit-sú, fascinada por esas pupilas que lanzan relámpagos extraños, responde débilmente:

—Sí, iré.

El vizconde, cogiendo entre sus manos la cabeza adorable, sella sus labios con un largo beso.

La sirena del gran transatlántico vibra con penetrante y agudo gemido. Las pesadas cadenas producen al levantar el ancla un rumor sordo y la hélice empieza a girar vertiginosamente.

En la proa, apoyadas en la barandilla, conversan dos personas en traje de viaje.

—Partimos, Mitsú. ¡Dime si estás contenta! Conocerás mi patria, e iremos en seguida a Francia, ¡y recorrerás el mundo entero en una ideal y eterna luna de miel!

—Sí, soy dichosa; te lo juro, ¡soy muy dichosa!

—¿Pero qué tienes en las manos, muñeca mía?

—Mira, es lo único que he traído conmigo...

Y muestra al vizconde un libro pequeño que lleva en la cubierta el título con las letras doradas: *L' homme des yeux d'or*.

En los labios del vizconde erró una sonrisa burlona que Mit-sú no pudo ver.

—¿Por fin partimos!... ¡Mira!

El enorme transatlántico se había puesto en movimiento y cortaba las aguas balanceándose suavemente. Mit-sú apoyada de codos en la barandilla, mira alejarse las costas de su país natal.

Una emoción imprecisa le oprime el pecho. El gran monstruo de hierro cobra cada vez más rapidez y las casas de Tokio se hacen borrosas a la simple vista.

Por primera vez la acongoja la duda y alzando sus negros ojos pregunta con inquieto azoramiento:

—¿Me quieres de verdad? Di, ¿me quieres?

—Sí, musmé; te adoro, ¡te adoro con locura!

La japonesita, aliviada, suspira y sonrío.

—Sí, te creo; tienes los ojos de André Thomas, pero no su alma negra..

Y como para infiltrarse confianza, una confianza que amenaza faltarle, sigue

repitiendo, mientras el vizconde cubre de besos
su cabellera sedosa:

—¡Te creo... te creo... te creo!

El transatlántico guiado por la brújula ha seguido días y noches el camino del mar que no tiene huella... Largos días y largas noches que son para el amor breves instantes.

—¿Cádiz! Llegamos, Mit-sú! ¿No estabas fatigada de tanto cielo y mar?

—No; quisiera seguir entre el cielo y el mar eternamente.

—¿Romántica!

—Me inspira la tierra un miedo que no sé definir. El mar se me ocurre más bondadoso, y creo haberme encariñado con este gran monstruo de hierro... ¿por qué no seguimos viaje a Francia?

—A Francia, ¿quieres ir a Francia? ¡Pues iremos allá!

Al decir esto, los ojos del vizconde tuvieron un resplandor satánico.

—¿Oh!, Qué alegría, ¿pero es verdad?

—¿Vaya si lo es! Desembarcaré para telegrafiar a mi familia, y antes de dos horas estoy de vuelta.

—Ya no es tiempo. El vapor no tarda en zarpar.

—He leído en la pizarrilla que no saldrá hasta media noche. Ya ves que el tiempo sobra...

—Sí, pero prefiero que me lleves contigo.

—No es posible, tardaríamos mucho más. Un hombre solo se desenvuelve fácilmente.

Mit-sú no se atrevió a insistir.

—Bien, ve y no tardes.

—Sí, alma mía. Hasta luego.

—Hasta luego, Fernando.

Han pasado tres horas, y el vizconde no regresa. La japonesita, devorada por una inquietud que trata de vencer en vano, permanece tendida en una silla de tijera sobre la lisa y amplia cubierta. Allí se sienta dispuesta a no cambiar de sitio hasta la vuelta del vizconde. «¿Por qué se tardará tanto?» —se pregunta angustiada. Y luego se responde a sí misma: «Una eventualidad cualquiera... ¡qué necia soy!».

La noche ha caído completamente. Una noche negra sin luna y sin estrellas. A lo lejos, el puerto enciende sus millares de luces y desde el mar el aspecto es fantástico. Diseminadas acá y allá, las masas negras de los barcos cuyos contornos se adivinan confusamente, tan confusamente, que las luces de cada cual semejan llamaradas sueltas sostenidas en el aire por un extraño prodigio.

Mit-sú no ha cambiado de lugar. Ni siquiera se ha movido. El corazón late en su pecho como un pájaro azorado, y una angustia sorda le oprime la garganta como una mano brutal.

De pronto, se siente el ruido peculiar de las cadenas al levantar el ancla, y la sirena lanza su penetrante grito. Mit-sú se pone en pie, palideciendo.

Pasa un marinero y lo detiene con un gesto.

—Oiga, usted, ¿por qué grita la sirena?

Y en la sencilla pregunta hay una angustia tan viva, que el marinero la mira sorprendido.

—No se asuste usted, señorita, es que partimos.

—¿Qué dice usted? ¡Partimos! ¡Pero el vizconde no ha llegado aún! ¿Dónde está el capitán?

Sin preocuparse más de su interlocutor, Mit-sú corre a su camarote, y mientras baja anhelante la escalera que conduce a él, murmura entre dientes:

—Quizás llegó ya y por asustarme no me ha avisado. Quizás...

Empuja la puerta... Nada. Mira a su alrededor y lanza un grito ahogado.

—¿Y las maletas? ¿Quién ha sacado las maletas de aquí?

Oprime el timbre una, dos, diez veces, mientras que con la otra mano trata de contener los latidos violentos de su corazón.

Acude al camarero:

—¿Quién ha hecho sacar las maletas de aquí?

—Las he sacado yo, señora. El vizconde de Ozuna me lo ordenó así. Entiendo que se ha quedado en Cádiz...

—¿No puede ser! ¿No puede ser! ¿Dónde está el capitán?

Y empujando al criado que la contempla aturdido, le grita con voz ronca:

—¿Lléveme usted donde el capitán!

Y ante las miradas de asombro de los pasajeros que aún permanecen sobre la cubierta, sosteniendo a duras penas el

equilibrio en su carrera sobre el suelo inestable, llegan hasta la cámara del capitán.

La japonesita empuja la puerta sin llamar y con un tono de voz trágico y quebrado, pregunta sin saludarlo:

—¿Dónde está el vizconde de Ozuna?

El viejo marino la miró con sorpresa.

—¿El vizconde de Ozuna? ¡Desembarcó en Cádiz! Pero aguárdese usted. Me encargó que pusiera esto en sus manos.

Y así diciendo, abre un cajoncillo y extrae de él un abultado sobre.

—¿No es usted la señora Mit-sú?

Incapaz de responder, afirma con un movimiento de cabeza, a la vez que con mano temblorosa recibe el sobre que se apresura a abrir.

El capitán sospecha el drama y su semblante expresa una honda piedad. Y era tal

el temblor de los dedos de la pobrecilla que no acierta a rasgar el cierro.

En tanto, a una señal del marino, el camarero se había marchado.

—¿Qué significa esto? ¡Dinero! ¡Un papel!
Leyó:

«Me quedo en Cádiz, Mit-sú. Tengo los ojos de oro y el alma negra, exactamente como André Thomas. Erraste al suponer lo contrario. Te dejo ese dinero para que vuelvas a tu país o sigas viaje a Francia; en fin, como tú prefieras. La vida es fea y ruin, mi dulce y pequeña musmé de porcelana». No tiene firma.

Mit-sú permanece muy pálida, invadida por una repentina y profunda serenidad. Algo así como si hubieran anesthesiado sus nervios.

El anciano marino habría preferido verla llorar, porque esa inmutabilidad absoluta le parecía más trágica que el llanto. Afectuosamente, le coge una mano.

—¿Un canalla! ¿Un miserable! Consuélese usted, señora. Desembarcará donde guste y cuando guste. Yo tengo amigos en todas partes, buenos amigos que la ayudarán a volver a su país si así lo desea... ¿No tiene usted fe en Dios? Él no nos abandona en los trances difíciles...
¿Vaya, hable usted algo! Le aseguro, se lo juro a usted que le prestaré mi más decidido apoyo.

Mit-sú sigue silenciosa, como si no escuchara.

—Apóyese usted en mi brazo. La conduciré a su cámara.

Obedeció dócilmente la japonesita, mientras el capitán, inquieto por su mutismo, la mira de soslayo.

Prosiguió:

—La vida tiene sorpresas crueles, pero no hay que desesperar. Recuerde usted el viejo aforismo: «No hay mal que dure cien años», o aquel otro que dice: «todo tiene remedio, menos la muerte». Pero hemos llegado. La dejo a usted. Mañana volveré a hacerle compañía

un momento y a saber cómo ha pasado usted la noche. ¡Hasta mañana!

Sola ya en su cámara, la japonesita se deja caer en el diván. Sus dedos crispados siguen apretando con fuerza el libro de Derould. Permanece inmóvil una, dos, tres horas. Los pasajeros se han recogido ya, y solo se escucha el rugido sordo y continuo de las olas que se estrellan contra los flancos de hierro.

Sin soltar el libro, Mit-sú se lleva una mano al pecho... Se ahoga... Falta aire en la cámara estrecha. Se pone en pie y coge un abrigo. «Qué angustia, voy a respirar un poco de aire fresco».

Abre la puerta tratando de no hacer ruido. Afuera, una ráfaga helada la hace estremecer. Se encoge más dentro de su abrigo amplio y empieza a andar sobre cubierta, apoyándose en las paredes para no caer.

El mar está muy agitado y el vapor enorme se mece como un barquichuelo. Sigue andando hasta llegar a proa y se apoya en la borda. El mascarón, una hermosísima mujer de trajes

flotantes, parece arrastrar el barco con la fuerza de unas olas invisibles.

Mit-sú contempla el cielo... ¡ni una estrella!
Y el mar... ¡qué trágica negrura!

Castañeteando los dientes, balbucea como si la escucharan:

«La vida es traidora, embustera, ¡vil! Si tuviera valor para arrojarme allí, en el abrigo negro. Pero qué fría debe de estar el agua, ¡qué fría!... Y los monstruos marinos me devorarían tal vez... ¡horror!».

Se inclina más aún y cae al mar el libro de Derould. Flota un instante, y luego se hunde en la profundidad sin fondo. Mit-sú lo mira desaparecer con una sonrisa amarga: «Los ojos de oro y el alma negra como André Thomas».

Con la mitad del cuerpo hacia el mar, los brazos laxos y colgantes, doblada en dos sobre la barandilla, la dulce Mit-sú parece una muñeca rota.

Así la encontraron al día siguiente. Una fiebre violentísima hizo presa de su cuerpo, y el médico dice que morirá sin remedio. «Una emoción terrible, ataque al cerebro; ¡esperemos en Dios! De la ciencia no hay más que aguardar».

El anciano capitán, a quien la desgracia de la japonesita abandonada conmueve hasta el fondo del alma, no se mueve del lado de la enferma.

La fiebre sube y sube y no hay medio humano capaz de hacerla descender.

Mit-sú, presa de horribles delirios, habla confusamente de Chopin, de Derould y del hombre de los ojos de oro. El viejo marino sostiene con todas sus fuerzas las manitos menudas que intentan desgarrarse el rostro, y mientras las lágrimas que no se cuida de enjugar resbalan por sus curtidas mejillas, murmura entre dientes con una cólera sorda: «¡el canalla, el miserable!... ¡Pobre japonesita!».

*La japonesita es una de las pocas
ficciones en prosa que escribió
María Monvel. Esta pequeña
edición busca volver a ponerla,
junto con su poesía, entre
nuevos lectores.*

 PERROS
PALABRAS



Nacida en Iquique, a comienzos del siglo XX, bajo el nombre de Ercilia Brito, la de María Monvel es una de las tantas plumas femeninas que se ocultaron bajo un seudónimo para poder escribir.

Conocida principalmente como poeta, su trabajo escritural se extendió también a la prosa, el periodismo y la traducción. Muere a los 37 años, víctima de una larga enfermedad.